

FISONOMIA DE LOS TRABAJADORES SOCIALES. LOS PROBLEMAS DE IDENTIDAD PROFESIONAL

M^a TERESA ZAMANILLO PERAL

Este artículo va dirigido a estudiantes, profesionales y cuantas personas deseen profundizar en los problemas de una profesión joven, que con dificultades se ha ido abriendo camino en nuestros días. No tratamos con él, mas que aportar algunos postulados para un estudio más profundo de los problemas de identidad que aún soportan los trabajadores sociales.

Hemos elegido el método de análisis histórico, porque la luz que los acontecimientos del pasado arroja sobre el presente, puede servirnos de guía en el estudio y tratamiento de los problemas que aún se observan pendientes. Se sigue pues, un hilo cronológico, que no por ello pretende demostrar al lector una causalidad lineal de los hechos, sino dar cuenta de la lógica que se esconde tras ellos para entender dónde nos encontramos en el presente.

Los tres primeros epígrafes están destinados a la exposición de los antecedentes religiosos, éticos, filosóficos y operativos de la disciplina, ya que éstos son patrimonio inexcusable de cualquiera que pretenda introducirse en el conocimiento cabal de lo que hoy denominamos trabajo social. Abordamos también las aportaciones de los pioneros de la profesión, porque siguen aún conservándose sus peculiaridades de origen, aunque más tarde traspasaron fronteras y se matizaron en los puntos de llegada. Es una invitación a ver, a lo largo de la exposición, las diferentes posiciones doctrinales según los países de que partieron, porque consideramos aleccionador, en este sentido, contemplar los caminos tan distintos que han emprendido a lo largo de la historia, siendo sus raíces comunes. Y ello es así, porque el trabajador social no puede ir disociado de la realidad socio-histórica de su país.

El último epígrafe, dedica su atención en exclusiva al trabajador social español, a sus inquietudes, sus afanes de emancipación y sus todavía resi-

duos de la no lograda identidad profesional que anhela. Los problemas en este aspecto, tanto objetivos como subjetivos, son motivo de análisis con el deseo de aportar algún esclarecimiento sobre ellos.

1. *Sobre los orígenes.*

En el siglo XIX, entre los grupos de personas dedicadas a la filantropía y al progreso de la condición humana se destacan, por su sistematizada concentración de esfuerzos, las Sociedades de Organización de la Caridad inglesas. Estos pioneros del trabajo social moderno aplicaron las teorías de Tomás Chalmeres, ministro de una parroquia escocesa, quien organizó un programa de caridad privada basado en el “principio de ayuda vecinal” en 1814. Según Chalmers la forma acostumbrada de auxiliar al pobre por medio de la caridad pública “destruía su voluntad de sostenerse a sí mismo y hacía que se acostumbraran a vivir en la limosna”.

A juicio de Friedlander, estas Sociedades llevaron a cabo actividades tales como: exhortación moral; investigación sobre la situación real del pobre; donaciones materiales; comisiones voluntarias y, en los distritos más numerosos “agentes a sueldo”. Los resultados, nada desdeñables, pueden agruparse en:

- establecimiento de la cooperación entre las instituciones públicas y privadas de caridad y de asistencia al pobre,
- logro de la eliminación de algunos planes fraudulentos,
- evitación de la duplicidad de la ayuda,
- fortalecimiento del concepto de rehabilitación del pobre y
- establecimiento de las bases para la ayuda individual y para la organización de la comunidad¹.

La filosofía subyacente, refleja todavía los valores de la ética protestante, al igual que las Leyes de Pobres ingleses². Es menester aquí recordar la observación que, del concepto puritano sobre lamendicidad, hace Max Weber en *La Ética Protestante*: “la mendicidad por parte de los hombres

1. Friedlander W. A.: *Dinámica del Trabajo Social*. Ed. Pax Mexico. Mexico 1978. págs. 44.

2. Moix Martínez M.: *El bienestar social ¿mito o realidad?* Ed. Almena. Madrid 1980. pp. 117-122.

capacitados para el trabajo, no sólo es reprochable moralmente como uno de los pecados capitales —la pereza—, sino incluso va también contra el amor al prójimo según las palabras del Apóstol”³.

La rehabilitación del pobre y el establecimiento de las bases para la ayuda individual y para la organización a cargo de la comunidad, tienen su fundamento en la responsabilidad tanto individual como social de la pobreza. Por un lado, el pobre debía su tendencia a la ociosidad y su capacidad para el ahorro, “el desempleo era el resultado de la enfermedad o la invalidez o si no de la incompetencia, torpeza o negligencia”⁴. Por otra parte, el reconocimiento de la necesidad de asistencia pública a causa de los bajos salarios, hacía que se recurriese a la organización de los fondos comunitarios y al trabajo de voluntarios para poder paliar los efectos de la pobreza.

El trabajo de los filántropos unido a las ideas de los filósofos del progreso del siglo anterior, dieron sus frutos. De filántropos a trabajadores sociales hubo pocos pasos que dar, escasamente uno. Las condiciones objetivas para poder dar ese salto fueron conformadas por la filosofía social reformista del momento. La observación y el análisis de las situaciones reales en las que vivían los pobres, realizado mediante entrevistas y visitas familiares, hizo evolucionar la mentalidad de estos primeros padres de la miseria. De la concepción inicial de que el individuo era el causante principal de su deterioro, al reconocimiento de otros factores objetivos productores y mantenedores de la pobreza, como el desempleo, la enfermedad, deudas, viviendas insalubres etcétera, no hubo más que el camino que se recorre entre el pensamiento y la experiencia. Muchos de ellos pasan de padres de los pobres a reformadores sociales. Comienzan a impulsar activamente la elaboración de leyes sociales que mejoren las condiciones de vida de los más perjudicados y se plantean la necesidad de estudiar más profundamente la conducta de los individuos en relación con el medio social como factor condicionante (Friedlander W. A. 1961).

Este cambio de la concepción moral de la pobreza al reconocimiento de los factores objetivos de las causas de la misma, constituyó un decisivo avance en la formación de la disciplina. Es el triunfo de la “revolución

3. Weber M.: *La ética protestante*. Ed. Sarpe. Madrid 1984. pág. 199.

4. Lis. C., Soly H.: *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial*. Ed. Akal Universitaria. Madrid 1985. pp. 212 y ss.

positivista”, es “el empeño positivista de liberar el reconocimiento científico de su tradicional dependencia metafísica”⁵. Ello, junto a su fe en el empirismo, proporciona al trabajo social una cierta dosis del carácter científico que muchos autores reclaman hoy para la disciplina. Recordemos además, haciendo referencia a España, que ya en el siglo XVIII (21-I-1970) el Comité de Mendicidad de la Constituyente “no duda en proclamar que la asistencia es una ciencia política que debe ser cuidadosamente estudiada (...). Ciencia, ya que su solución no proviene de medidas orquestadas por principios religiosos y supersticiosos sino de medidas fundadas en una teoría económica del comercio y la producción de riquezas. Política, puesto que al tratarse de un problema público que afecta a una parte importante de la nación es un problema público ligado directamente al cuerpo social”⁶.

Sin embargo, en lo que respecta a los trabajadores sociales, el carácter de práctica social nacido de la aplicación del Bien y de la Justicia como acto ético primordial, no ha desaparecido nunca del todo. Es ese “arte de hacer cosas diferentes para diferentes personas” como lo definió Mary Richmond, lo que persiste en el quehacer profesional. Es quizás esa vertiente ético-religiosa la que más detractores ha acumulado en ese afán de emancipación e identificación profesional que caracteriza a los trabajadores sociales, al menos en España.

En este punto se hace preciso traer a la memoria el análisis que sobre la tendencia a renegar del pasado y “su impacto negativo en la idea de progreso” nos aporta Robert Nisbet: “Recordemos que el pasado es la base sagrada sobre la que crece toda civilización auténtica, creadora y libre (...). sin un pasado representado por los ritos, las tradiciones y la memoria, no puede haber raíces; y sin raíces los seres humanos se ven condenados a quedarse aislados en el tiempo; y es muy fácil pasar de este aislamiento a la autodestrucción”⁷.

El trabajo social actual hunde sus raíces en los valores, propósitos y funciones de la religión, aunque la profesionalización de los trabajadores sociales está muy relacionada con la secularización y con un matiz humanista y de ciencia social (Kohs S. C. 1966). Los principios axiológicos de la

5. Beltrán M.: *Ciencia y Sociología*. Ed. C.I.S. Madrid 1979. pág. 127.

6. Seminario de Historia de la Acción Social. *De la Beneficencia al Bienestar Social*. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1986. pág. 123.

7. Nisbet R. *Historia de la idea de progreso*. Gedisa. Barcelona 1980. pág. 447.

disciplina: respeto a la dignidad del hombre, derecho a la autodeterminación, etcétera, son una muestra de ello. El concepto de autoayuda y el principio de subsidiariedad son “el redescubrimiento de un viejo principio” que está actualmente instaurándose en los países europeos ante la crisis del Estado de Bienestar⁸. Aún cuando es fruto de nuestro tiempo ese afán por lo nuevo, ese sentimiento constante de que todo cambia rápidamente y que hemos de estar prestos a esos cambios, es menester buscar en el pasado algún criterio para el presente. Las nuevas iniciativas sociales (grupos de ayuda mutua, grupos de autoayuda) son un ejemplo de esa reflexión que se está llevando a cabo en otros países.

2. *Los trabajadores sociales.*

La primera definición operativa con la que nos encontramos en la historia del trabajo social es la de Mary Richmond en su libro *What Is Social Case Work* (1922). La autora se adentra en la definición de “servicio social de casos individualizados” comenzando por una exclusión de aquellas formas de servicio social que por su carácter de “experiencia”, “consejo” o “práctica a título subsidiario”, no son propios del quehacer cotidiano de un trabajador social. Así, restringe el ámbito de la profesión a aquellas formas de servicio social “que son practicadas por personas competentes; se ocupan de casos difíciles que necesitan de una intervención prolongada e intensiva y son realizadas con una relativa independencia y sin restricciones arbitrarias”.

Mary Richmond centra el objetivo de la intervención profesional en “el desarrollo de la personalidad”, definiendo ésta como todo aquello que el hombre adquiere por su educación, experiencia y relaciones con sus semejantes. La personalidad se convierte así en el nexo de unión con el mundo que rodea al individuo: “es nuestra personalidad la que nos une estrechamente a los hombres; no solamente al hombre nuestro hermano, sino a todas las agrupaciones e instituciones que los hombres han creado”. El trabajo social es pues una “forma de enseñanza” al igual que “la pedagogía, la psicología aplicada o la Religión (...) que no pueden disputársela” porque todas estas disciplinas emplean sus esfuerzos en el “desarrollo de

8. Jürgen Nowak: “Trabajo Social alternativo en Berlín”. *Revista de Trabajo Social*. n.º 100. Barcelona 1985. pp. 19-22.

la personalidad”. Pero se diferencia de ellas en que el servicio social de casos individualizado “posee su propio campo de acción que es el desarrollo de la personalidad por la adaptación consciente y comprensiva de las relaciones sociales”. Por este camino llega la autora a la siguiente definición:

“El servicio social de casos individual es el conjunto de métodos que desarrollan la personalidad reajustando consciente e individualmente al hombre a su medio social”.

Bien sencillo es observar que esta definición no nos aporta nada sobre el quehacer específico de los trabajadores sociales. Es la clasificación de los tipos de intervención profesional agrupados en las “comprensiones” y las “acciones” la que nos va a proporcionar esa especificidad, a saber:

- a) “comprensión de la individualidad y de las características personales.
- b) comprensión de los recursos, de los peligros y de las influencias del medio social.
- c) acción directa sobre la mentalidad del asistente social sobre la de su cliente.
- d) acción indirecta ejercida sobre el medio social”.

Ninguno de los tres primeros tipos de intervención apuntados distingue a un profesional del trabajo social de un psicoterapeuta, por ejemplo. Sin embargo, es en “la acción ejercida sobre el medio social” en que se desenvuelve el individuo, donde el trabajador social obtiene una nota de singularidad frente a las otras profesiones que tienen por finalidad la educación del hombre, para que alcance su máximo desarrollo. También para la autora, esta función “le es propia en una medida más amplia que los otros métodos anteriormente descritos”, porque, “para que los esfuerzos de la asistente social alcancen un resultado permanente, es necesario que los que rodean a su cliente lo influyeran en el mismo sentido que ella”. Esta condición que establece la autora es la que, a su juicio, convierte al trabajador social en el único profesional que trata de conseguir esa armonía entre el hombre y su medio, mediante intervenciones simultáneas.

“Esta nueva clase de técnica especializada cuyo fin es el de efectuar una mejor adaptación del individuo al medio en el cual debe vivir”, por medio de “la comprensión de ambos”, además de las técnicas de “reeducación de las costumbres”, “política de aliento como método de reeducación”, “hacer tomar parte activa en los planes concebidos por su bien” etcétera,

nos da una idea acerca del tratamiento que, a modo de técnicas o “habilidades sirven para lograr el propósito final”. Algunas de ellas son:

- “la sensación de frustración no cede frente a los consejos generales vagos y optimistas”. Por ello, “el asistente social debe aprender el arte de descubrir lo que interesa principalmente a su cliente y saber aprovechar las inclinaciones de éste para reanudar los lazos rotos, o darle lo que le falta, una finalidad en la existencia”;
- valor de la empatía y del interés sincero hacia el cliente;
- manejo del ambiente social de la persona;
- utilidad de la “simpatía” para despertar en los clientes recursos que no sean los de “apiadarse de sí mismos”, etcétera⁹.

El énfasis puesto en las relaciones con los clientes, como si de un encuentro mágico se tratara, está presente en toda la literatura del “Case Work”, aún cuando cada vez va adquiriendo mayor grado de sistematización, influido por la literatura psicoanalítica y la experiencia profesional que va acumulándose. Ello puede observarse en las distintas definiciones de esta primera etapa. Dicha corriente de pensamiento, presupone que los problemas que presenta el individuo se deben a una disociación entre éste y su medio. Por tanto, para que la persona pueda hacer frente a su deterioro precisa de un ejemplo que le sirva de referencia, papel éste que ha de interpretar el trabajador social en su relación con el cliente; y ello, además de la acción indirecta que debe ejercer sobre el ambiente del individuo para que éste pueda emprender su camino de adaptación. Por ejemplo, G. Hamilton opina que “el trabajo social como método, a menudo no intenta la reconstrucción total de la personalidad, como tampoco intenta la reorganización total del medio ambiente, sino que, mediante consejo directo e influencias terapéuticas, y aligerando las presiones del medio ambiente, hace posible la modificación de las actitudes y del comportamiento”¹⁰.

La relación profesional es para otra autora clásica (Perlman H. 1960) “el instrumento fundamental” del proceso de “Case Work”. Tomando como referencia la relación materno-filial, como alimento principal del ser humano, desarrolla toda una concepción en torno a las relaciones profesionales, que constituyen el eje central de la resolución del problema de la persona. Por supuesto que no se trata de un encuentro amistoso o relación

9. Richmond M.: *Caso social individual*. Ed. Humanitas. Buenos Aires 1982. pp. 62-111.

10. Hamilton G.: *Teoría y Práctica del Trabajo Social de Casos*. La Prensa Médica Mexicana, Mexico 1980. pág. 23.

fraternal, dice. Es una relación que debe apoyarse en un “propósito reconocido por ambos participantes”, que debe contener un elemento de “autoridad” basado en los conocimientos que el profesional posee y en el “aprecio y respeto” que muestra al individuo. De esta forma, la persona podrá afirmar y fortalecer su personalidad¹¹.

Estos profesionales de la primera etapa, que transcurre desde los albores de la disciplina, hasta la década de los cincuenta, han sido denominados “psicoanalistas de los pobres”. Los trabajadores sociales norteamericanos actuaban como recurso terapéutico en una gran variedad de situaciones psicosociales de “desadaptación de las personas a su medio ambiente”. Los casos que los manuales de trabajo social nos presentan para su análisis y comprensión didácticos, nos muestran unos profesionales aptos para ofrecer asistencia en situaciones de alta complejidad psicológica y social. En la mayoría de las circunstancias, el profesional actuaba solo o transfería sus casos a otro colega de un campo más especializado que el que su lugar de trabajo podía ofrecerle. Más tarde, en la década de los sesenta, a juzgar por algunos estudios de psicología social aplicada a la comunidad, el papel que desempeñaron los trabajadores sociales norteamericanos era relevante en el equipo interprofesional. El trabajo social junto con la psicología “ganaron la batalla de la psicoterapia” rompiendo las barreras que les separaban. La calidad del tratamiento no parece que sufrió menoscabo alguno porque fuera efectuado por una persona impreparada médicamente, en vez de por un psiquiatra¹².

Pero el trabajador social norteamericano estaba influido por un enfoque psicologista individual. Parece como si las causas del deterioro continuaran siendo más de tipo personal. Mientras, otra corriente de pensamiento se había desarrollado en Gran Bretaña: el enfoque socioeconomicista que ayudó a la creación de varias facultades en las que se hizo mayor hincapié en la sociología. Los trabajadores sociales ingleses centraron su atención en los bajos salarios y en la profundización sociológica de los problemas de la pobreza. Ello supuso “una vacuna contra la influencia de Freud porque la tendencia psicologista o de terapia individual produce una ceguera psicológica y un simplismo al reducir las causas a términos de personalidad”¹³.

11. Perlman H. H.: *El Trabajo Social Individualizado*. Ed. Rialp. Madrid 1980. pp. 89-111.

12. Zax M., Spector G. A.: *Introducción a la Psicología de la Comunidad*. Ed. El Manual Moderno. Mexico 1979. pág. 362.

13. Moix Martínez M.: Apuntes de clase. 1982. Facultad de Ciencias Políticas.

De hecho, los trabajadores sociales norteamericanos fueron contestados desde la perspectiva sociológica por autores como Lazarsfeld, Gans y Wilensky, entre otros. Las conclusiones de estos autores fueron muy críticas para con los profesionales del trabajo social. Por ejemplo Cloward “atacó con mayor vigor el alejamiento del trabajo social con respecto a los pobres, condenó lo que denominó una ilusión de servicios y urgió a la realización de una considerable reforma de los modos en que se presta el servicio”. El argumento es sencillo: no se puede ofrecer ayuda terapéutica sin tratar de mejorar las condiciones de vida de la clase baja, los problemas de la falta de trabajo, vivienda, enfermedad, etcétera¹⁴.

3. *Militantismo de la profesión.*

En la década de los años sesenta surgió en Hispanoamérica un movimiento llamado de “reconceptualización” que se propuso el cuestionamiento, revisión y búsqueda profesional de un nuevo trabajo social. En sus primeros momentos, los objetivos fueron definidos en torno al cambio del contenido asistencial y adaptativo de la profesión y a alcanzar un mayor rigor científico en ésta (Kisnerman 1975).

Es una reacción contra la filosofía pragmática y empírica del trabajo social de corte funcionalista. Es, por otro lado, un intento de liberación del “colonialismo cultural e intelectual” al que se veía sometida Hispanoamérica. Los trabajadores sociales del continente americano cuestionaron la función básica de la profesión, a saber: la adaptación del individuo a su medio. El supuesto del que partieron estos profesionales es el siguiente: la función del trabajador social no puede ser la de adaptar el hombre a un medio que muchas veces le es hostil, a un “orden social que mantiene situaciones de desigualdad y explotación” y en el cual difícilmente puede desarrollarse como persona. A no ser que las condiciones del medio varíen, es imposible emprender la tarea propuesta por la concepción de un trabajo social que persigue un fin de ajuste y que adopta una posición de asepsia ideológica (Ander Egg 1972).

Para el autor, el movimiento reconceptualizador tiene sus orígenes “en personas aisladas y grupos que interpretaron el momento y las insuficien-

14. Lazarsfeld P. F., Sewel W. H., Wilensky H. L.: *Planificación Sociológica de los problemas sociales*. Ed. Paidós. Buenos Aires 1971, pág. 70.

cias de la profesión” y, por otro lado, en la rebelión estudiantil de las escuelas de trabajo social en el continente, en las que el cuestionamiento al sistema capitalista fue el rasgo dominante. Por último, este movimiento también es alentado por algunos profesionales “más lúcidos y críticos”. Estos se preguntaron “a quien se sirve como profesional”, al mismo tiempo que sobre la posibilidad de que ese ajuste contribuya a mantener el “statu quo” y a corregir las disfuncionalidades del sistema.

Por todo ello, lo que se hace urgente es el cambio de un trabajo social que opera con un “hombre objeto” al que se le ayuda a resolver sus problemas de adaptación, por un “hombre sujeto”, es decir, actor y protagonista de sus propios cambios y del medio que él desea. El objetivo profesional es lograr una crítica reflexiva en el sujeto para transformar las estructuras sociales. La argumentación es clara para ellos: no es posible salir del “subdesarrollo y de la dependencia” sin plantear cambios radicales en la sociedad. Además, dice el autor, el orden no hace otra cosa más que ocultar el verdadero desorden de las injusticias y las desigualdades así como enseñar “resignación”. Este enfoque pues, considera que la función principal del trabajador social será la de “concientización”, término tomado de Paulo Freire que significa para los trabajadores sociales “hacer tomar conciencia de”, “despertar la conciencia del valor del hombre en cuanto hombre y del sentido de lo humano”... El autor, reflexiona también sobre la posición política que deben asumir los profesionales del trabajo social, de forma que concluye en lo siguiente: aunque “el servicio social no es una profesión que prepara y hace la revolución (...) puede contribuir y facilitar el proceso de cambio”. Sin embargo, para él, parece que no hay otra opción más que la de politizar la profesión porque más adelante añade: “el nuevo servicio social debe estar politizado”. Esta aparente paradoja tiene a nuestro juicio una interpretación: se trata de una politización frente al anterior “tecnicismo aséptico”, frente a la falta de ideología política que existía en la concepción tradicional de la profesión. Es la denuncia del avalorismo pretendido por los positivistas lo que parece deducirse de esta posición.

No obstante, el movimiento reconceptualizador no es intrínsecamente homogéneo. Hay quienes ponen mayor énfasis en lo político, algunos en el método, otros en la necesidad de una mayor fundamentación científica, etcétera. Pero la filosofía que une a todas las tendencias dentro del movimiento, es la de situar al hombre como protagonista y responsable de su

propio bienestar para “transformar” las situaciones sociales injustas¹⁵.

Los textos de los autores “reconceptualizadores” contienen amplias citas de Marx, Engels, Althusser, Karel Kosik y otros filósofos marxistas para fundamentar la teoría de la praxis social como eje central del nuevo trabajo social. El objeto de intervención profesional se traslada así a un tipo específico de hombre o de situación, ora el “hombre oprimido y explotado”¹⁶, ora la situación social de las clases marginales. Mientras que para los trabajadores sociales de la primera etapa anteriormente citada, el objeto de intervención profesional estaba constituido por la situación problema para el individuo (Perلمان H. H. 1960), para éstos, éste debe ser enfocado al hombre que sufre una determinada situación de alienación: la del hombre dominado. Es una ideología del cambio que opta por la liberación de un determinado grupo de hombres —que son la mayoría en Iberoamérica— no de la condición humana en general.

Es evidente aquí la respuesta que los trabajadores sociales dan a la disociación que les plantea su quehacer profesional: remunerados por el “establishment” deben su dedicación a aquéllos que el mismo sistema aparta. Es el rebelde de Merton, el inconformista y revolucionario en el que se encarnan, para salir de esa angustiada disociación que les somete un ejercicio profesional “aséptico”. Esos rebeldes tuvieron “la visión y el coraje necesarios para desafiar las creencias y la rutina” de una profesión que no estaba dando una respuesta adecuada a los grandes problemas de desigualdad en Hispanoamérica¹⁷.

La analogía con la crítica que a los trabajadores sociales norteamericanos se les hizo desde la perspectiva sociológica, comentada en el epígrafe anterior, es evidente. La diferencia también lo es: el énfasis en lo ideológico-político manifiesto por los “reconceptualizadores” no se aprecia en la reflexión de los sociólogos norteamericanos. Es más, éstos proponen una “sociología orientada hacia la política (;) un radicalismo pragmático, orientado menos hacia los conceptos clásicos de la revolución que hacia las técnicas para modificar las instituciones sociales, económicas y políticas que resisten el cambio”¹⁸.

15. Egg A.: *Servicio social para una nueva época*. Ed. Euramérica. Madrid 1972. pp. 144-179.

16. Boris A. Lima: *Epistemología del trabajo social*. Ed. Humanitas. Buenos Aires 1983. pág. 115.

17. Taylor I., Walton P. y Young J.: *La nueva criminología*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires 1977. pp. 107-155.

18. Op. cit., pág. 22.

4. *El caso español: de asistentes sociales a técnicos en trabajo social.*

Los impulsos humanitarios y religiosos caracterizaron a los asistentes sociales españoles desde la creación de la primera escuela (Barcelona 1932) hasta la década de los años setenta. A partir de la reapertura de la escuela, después del paréntesis de la guerra civil, el matiz confesional de la formación de los asistentes sociales toma cuerpo. La función de apostolado se confunde con la profesional; el asistente social “es aquella persona que debe procurar que su trabajo se convierta en apostolado y que sus horas no se deslicen al compás de un sueldo, sino que lleven el empuje del sublime ideal de ganar para Dios a los que tengan bajo su labor social”¹⁹. El aislamiento que sufre España con el exterior contribuye, además, a radicalizar este enfoque, al impedir a los asistentes sociales compartir experiencias con otros países que han iniciado ya el proceso de emancipación de la disciplina.

La ayuda individual, en clara consonancia por un lado, con una concepción paternalista de la acción benéfica del Estado y por otro, con la doctrina de la Iglesia, es el centro de atención de la actividad de los profesionales de la asistencia social. La finalidad profesional de la acción es “la potencialización y desarrollo de las facultades de la persona”. La aceptación de las estructuras sociales vigentes es un hecho hasta finales de los años sesenta. En esta década, un sector de profesionales más jóvenes comienza a apuntar objetivos más “desarrollistas y reformistas”, más “creativos y educativos” en expresiones como: “justo y eficaz funcionamiento de los organismos sociales existentes” y “desarrollo de los recursos económicos de la colectividad”²⁰. Es de observar que esta evolución se produce al unísono con los cambios sociopolíticos y económicos que operan en la sociedad española entre los años 1957-1962 y que dan lugar a una “incipiente preocupación por la cuestión social como justicia social y redistribución de rentas” (ver: “Los Servicios Sociales del Franquismo a la Constitución” en este mismo número por Isabel Cerdeira Gutiérrez).

Las reflexiones sobre la terminología del asistente social, el intercambio de experiencias con otros países de Europa, la preocupación por evitar términos que tengan un sentido de beneficencia en el lenguaje de la calle,

19. Estruch J., Güell A. M.: *Sociología de una profesión*. Ed. Península. Barcelona 1976. pág. 155.

20. Op. cit. pp. 138-157.

comienzan a tratarse en la revista de trabajo social más especializada de la época (Revista de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona). Esta voluntad de emancipación de lo doctrinal y el afán por tecnificarse, van al mismo ritmo que la institucionalización de la Asistencia Social que se concreta en la creación de los Fondos Nacionales por ley del 21 de julio de 1960.

La asistencia social individualizada, en la práctica profesional sigue siendo el procedimiento más extendido. No obstante, su marco referencial adopta un mayor grado técnico como puede observarse en el revista de la Asociación y en el I Congreso de Barcelona en 1968. El rol de los asistentes sociales en determinados campos, la preocupación por los problemas del status y formación superior y la definición de funciones, son temas que, aunque tratados aun en forma un tanto ambigua, muestran al lector los primeros pasos de una profesión que lucha por la autonomía y el reconocimiento.

Las mismas preocupaciones son motivo del II Congreso celebrado en Madrid en 1972. Sin embargo, en las comunicaciones presentadas, se percibe una madurez de los profesionales muy superior al anterior. Se ha recorrido un camino que va, desde las vagas expresiones del “desarrollo de las potencialidades del individuo” “en aras de su realización plena”, a definir funciones concretas en cada campo. Psiquiatría, emigración, escolar, sanitario, mutualidades laborales, etcétera, son objeto de tratamiento explícito con aportación de experiencias concretas. El esfuerzo realizado por definir las actividades de los trabajadores sociales, diferenciados de otros profesionales, es digno de encomio.

Por primera vez, sale a la luz en el ámbito profesional, el nuevo rol del trabajador social como “agente de cambio”. La ponencia “Consideraciones sobre el trabajo social” expresa la necesidad de los trabajadores sociales de no contribuir a disimular la irracionalidad de la situación social en la que viven las personas asistidas. Por ello, y apoyándose en el documento de Manresa (1971) y el Seminario Social de Milán (1971), el papel del asistente social debe orientarse por una filosofía que tiene sus fundamentos en la educación para la libertad y ejercicio de la crítica. El profesional debe estar presente en: la planificación y coordinación de los servicios sociales, en la consulta para la formulación y desarrollo de la política social, hacer de terapeuta social, etcétera.

La década de los setenta abre, pues, un período en el que se registra una intensa búsqueda de autodefinción y reconocimiento de los profesionales.

Las reflexiones del movimiento de “reconceptualización” hispanoamericano son importadas por muchos, ávidos de nuevas formas de tratamiento de los problemas sociales. No obstante, el movimiento no se generaliza. Los asistentes sociales españoles viven aún entre la impotencia de una demanda educada en los principios de la beneficencia y su falta de formación para combatir los problemas sociales con mayor grado de tecnificación. El desconocimiento de la profesión por parte de otros profesionales y el bajo nivel de desarrollo de la política social del país, se suman a este síndrome.

Este período culmina con las Jornadas de Pamplona en 1977, en las que se adoptan acuerdos importantes de cara a la opinión pública. Algunos de ellos muestran el protagonismo que, como profesionales, quieren asumir los técnicos incipientes en trabajo social:

- 1) “Se acuerda proponer al Congreso de Diputados una ley que regule los recursos sociales y complete los no legislados, según existan en otras legislaciones europeas.
- 2) Se denuncia ante la opinión pública la insuficiencia de asistentes sociales...
- 3) Denunciamos ante la opinión pública la centralización administrativa existente en unas Instituciones dando lugar a poca agilidad en el trámite de prestaciones”...²¹

Estamos en plena transición democrática. Es un momento de importantes reformas en el campo de la acción social (ver “El movimiento de reformas del período de transición al nuevo régimen” en artículo de Isabel Cerdeira Gutiérrez, en este mismo número). Algunos asistentes sociales se suman a este movimiento democrático, conscientes de que su papel puede ser reivindicado con el protagonismo que unos técnicos en trabajo social merecen. De la timidez y ambigüedad del primer Congreso se pasa a embridar un proceso que está iniciando sus primeros pasos.

Estos profesionales, nacidos en las Jornadas de Pamplona, destacan en el plano de la acción y logran cambios importantes para la profesión. El trabajo social comienza a concerse a partir del libro *Introducción al Bienestar Social* (de las Heras P. y Cortajena E. 1979), un año después de promulgada la Constitución. Son los inicios de la etapa de los Servicios So-

21. Conclusiones de las Jornadas de Pamplona 1977. Comunicado a la opinión pública.

ciales. El “contenido teórico del trabajo social” en las Jornadas de Pamplona se concretó de la siguiente forma:

“El campo de intervención profesional —Acción Social—; su objeto, las necesidades sociales en su relación con los recursos aplicables a las mismas; su objetivo —Bienestar Social—; su marco operativo —Servicios Sociales—.”²²

Con independencia del análisis que pudiera efectuarse sobre estos conceptos, y que no es motivo de reflexión ahora, es un hecho cierto que este esquema supuso para los trabajadores sociales españoles un marco conceptual mucho más definido del que se disponía a la sazón. Ello ayudó a dar un carácter técnico a la profesión y a superar los hasta entonces residuos paternalistas y meramente asistenciales. Asimismo, introdujo a los profesionales en un marco interdisciplinar para el estudio y tratamiento de las necesidades sociales en su contexto socio-político. Por último, sitúa a la disciplina en la “dinámica del cambio planificado” al plantear el concepto de necesidad como “tendencia natural” y conquista de medios para satisfacer las necesidades humanas, que se manifiesta en “un estado de carencia de esos medios”²³. Para los autores que han estudiado la dinámica del cambio planificado desde una perspectiva de aplicación práctica, éste tiene su fundamento en las tendencias e impulsos naturales de todos los individuos por resolver los problemas de estructura o funcionamiento del sistema social o individual. Es el impulso a la innovación lo que está en la base de la dinámica del cambio planificado (Lippit R., Watson J., Westley B. 1979).

La profesión se universaliza a partir de esta nueva concepción. El trabajador social pasa de ser el profesional aislado que soporta por sí solo el brutal peso de la miseria de los hombres, a compartirlo con otros profesionales. Y esto se hace desde una toma de decisión firme de “potenciar la profesión asociada” que impulsa la conexión de la actividad en los niveles intraprofesional, interprofesional e intercomunitario, mediante diversos canales como: colegios profesionales, organizaciones sindicales, populares y políticas, etcétera.²⁴

22. De las Heras P., Cortajerena E.: *Introducción al bienestar social*. Federación Española de Asociaciones de Asistentes Sociales. Madrid 1979, pág. 174.

23. Op. cit. pág. 28.

24. “Programa de la nueva candidatura de FEDAAAS”. *Revista de Trabajo Social*, n.º 68 pp. 53-54. Barcelona 1977.

Esta voluntad de conquistar con otros metas de bienestar social para la población proporciona a los trabajadores sociales una identidad profesional hartamente añorada. La salida del ostracismo, la solución, al menos temporal, de una importante crisis conceptual y de identidad y la conquista de objetivos con larga historia de lucha: creación del colegio profesional, inclusión de estudios de nivel universitario, entre otros, producen, en la década de los ochenta, gran eficacia y capacidad de gestión en los cuadros dirigentes. Ello lleva consigo un alto nivel de productividad y espíritu de servicio que ha continuado hasta el momento.

Sin embargo, no parece tan cierto que quienes practican la profesión en primera línea hayan adquirido por completo esa identidad profesional. En este punto, resulta adecuado comentar algunos de los factores de malestar que aquejan hoy a éstos. Quejas mil se oyen por doquier respecto al quehacer profesional que realizan estos mandos intermedios de los servicios sociales. Sumidos en la burocracia, en la excesiva demanda de información de los usuarios, que inclina la balanza a una atención más asistencial que preventiva y comunitaria, en la incertidumbre por la eventualidad de los contratos, en los recortes presupuestarios, en el caos de la planificación, en la atención a varios programas, etcétera, los trabajadores sociales no sienten que llevan a cabo una acción eficaz. Entre los servidores del Estado” de Gough y su autoimagen: “somos administradores de la política social del Gobierno”, no van muchas diferencias. El papel augurado por algunos de los protagonistas de este cambio de política de bienestar social está muy lejos del sentir de muchos, a saber: “si existe una política que se oriente de forma efectiva por los criterios de Bienestar Social, el asistente social pasa a ser un técnico en la globalización de las necesidades sociales y en la promoción y aplicación de los recursos sociales”²⁵. Esta circunstancia ha de interpretarse como un síntoma más de la hendidura que se interpone entre el discurso oficial y la realidad cotidiana.

5. Conclusiones.

Los escasos estudios sobre la materia para poder analizar con profundidad la patológica situación que sufrimos los trabajadores sociales, en relación con nuestra búsqueda de identidad profesional, me obligan a tratar

25. Op. cit. pág. 170.

esta cuestión en forma de hipótesis o supuestos más que como conclusiones finales. La rápida evolución que ha sufrido la disciplina en los últimos quince años reclama por sí sola la necesidad de realizar una investigación que arroje luz sobre esta problemática vivencia profesional, expresada con tanta frecuencia, como para ser observada por muchos estudiosos de otros campos, como podemos comprobar: “En sus tiempos de gestación, el trabajo social sufrió una angustiada búsqueda de la propia identidad que nadie, entre sus practicantes, creyó que estaba destinada a hacerse endémica”²⁶.

Se hace preciso ya enfrentarse a este persistente mal, a menos que queramos caer en el profundo vacío de una falsa ubicación en el campo de las disciplinas que hoy dedican sus esfuerzos a solucionar los problemas sociales que sufre el hombre contemporáneo. Y ello es así porque, lejos de encontrarnos con algunos signos de reversión, comprobamos con alarma que las nuevas generaciones de estudiantes se contagian de este síndrome y sus quejas se pueden oír desde antes de finalizar sus estudios. La urgencia en el combate de la enfermedad también viene planteada por el peligro que todo mal ofrece: volverse insensible a los que lo padecen. El I Ching o Libro de las Mutaciones, el texto más antiguo que la humanidad ha conservado, y cuya importancia actual para los occidentales se debe a la atención que presta a la coincidencia, azar o casualidad, frente a las verdades axiomáticas de la causalidad, nos brinda una extraordinaria advertencia en las situaciones de peligro: “el acostumbamiento a lo peligroso puede hacer que el peligro se introduzca en la propia naturaleza del hombre. Uno pretende saber a qué atenerse, y así se acostumbra al mal. Con ello ha perdido el camino recto y la desventura será la lógica consecuencia”²⁷.

La referencia puede resultar chocante, pero nuestra intención al traerla a estas reflexiones no es otra que la de recordar a los trabajadores sociales que, en medio de nuestra constante e ininterrumpida acción, es preciso detenerse a reflexionar antes que el agua rebase los cauces del río.

La difícil situación que viven los trabajadores sociales tiene su razón de existir en una realidad ineludible: España se engancha al Estado de Bienestar Social en el preciso momento que la crisis ha hecho eclosión. Ello

26. Giner S.: “La tentación corporativa: el Trabajo Social en la encrucijada”. *Revista de Trabajo Social*, n.º 98 pág. 32. Barcelona 1985.

27. Wilhelm R.: *I CHING. El libro de las Mutaciones*, Edhasa, Barcelona, 1978.

hace que coincidan al mismo tiempo la necesidad de emancipación de la imagen benefactora y paternalista del asistente social con una demanda de los usuarios no significativamente distinta a la anterior, ya que esa crisis ha agravado las situaciones individuales. Se une, además, la creciente conciencia social, debido a una avalancha publicitaria de los servicios sociales, como un derecho de todo ciudadano. En esta situación, el trabajador social se encuentra en medio de un dualismo irreconciliable: por un lado, debe ofrecer servicios para los que no disponen de recursos suficientes con los que hacer frente; por otro, un aumento de la demanda cada vez mayor le acosa con evidentes muestras de exigencia. Su capacidad de respuesta es cada vez más reducida, hecho que provoca una impotencia profesional que va agravándose.

Las alternativas a esta situación apuntan a “nuevas iniciativas sociales” en orden a la cooperación y complementación mutua entre Estado y asociaciones voluntarias, por medio del aumento en la participación de los servicios sociales y el desarrollo de nuevas formas de ayuda mutua y autoayuda. Pero la mentalidad del español, recién llegado al Estado de Bienestar, no alcanza a comprender los límites de esa crisis y su conciencia de benefactor de un derecho social, que acaba de estrenar, no está aún adaptada a los planteamientos participativos. La escasa motivación para el cambio y la innovación exige de los trabajadores sociales una preparación técnica como potenciadores y animadores de esos cambios, que aún no tienen. Ellos mismos, además, se encuentran sumidos en un caos de conceptos, perspectivas y objetivos difíciles de poner en orden y para los que no han tenido tiempo de reflexionar e integrar.

No obstante, esa realidad no nos exime de llevar a cabo una autocrítica. El rechazo de los trabajadores sociales al estudio y la reflexión es algo comúnmente observado por los que llevamos años de práctica profesional. La tendencia a la ideologización, la fácil adopción de valores, pautas y prácticas experimentadas y estudiadas por otros profesionales o países, sin la necesaria adaptación reflexiva a nuestra realidad, es algo corriente, también. El miedo a ser considerados paternalistas o filántropos hace menospreciar unos orígenes que por ser doctrinarios se cree que carecen de valor. La confusión entre la realidad y el deseo, el conflicto entre el ser y el deber ser, son también aspectos de la cuestión. Hay en el fondo de la mentalidad de los profesionales una ignorancia o rechazo a la historia de la acción social: se conciben los problemas sociales desde una perspectiva voluntarista, es decir, como si el esfuerzo de los hombres o la voluntad política bastaran por sí solos para resolverlos. El tratamiento del malestar social no se

acomete, al igual que un médico concentra sus esfuerzos para curar, consciente de que muchas veces no puede hacerlo. Tratar los problemas sociales desde una perspectiva así nos ayudaría quizás a desarrollar técnicas más eficaces, en vez de sumirnos en la queja y la impotencia. Se menosprecia lo asistencial, el caso individual, como si fuera un mal hacer profesional. Frente a ello, se opone el tratamiento de los problemas desde el ámbito comunitario como si fuera la panacea.

La observación detenida de los escritos de trabajo social en nuestro país nos da una idea de otro de los aspectos de la cuestión: la rápida asimilación de los roles que las diferentes políticas sociales de nuestra andadura han asignado a los trabajadores sociales sin haber mediado una reflexión seria en el proceso de identificación con esos roles. Frente al rebelde hispanoamericano, que en el tercer epígrafe analizábamos, se observa, en el proceso de construcción de la profesión en nuestro país, un acompasamiento gradual entre los cambios socio-políticos y la imagen que el trabajador social arroja de sí mismo. No es sino en el setenta y siete cuando unos profesionales se adelantan a los acontecimientos para conseguir de éstos cambios profundos en la acción social. Si el trabajador social de hoy en día no quiere quedar relegado a ser un simple informador de los recursos existentes en la sociedad (fantasía que le acosa), tendrá que estudiar con profundidad la imagen que desea dar, y prepararse técnicamente para ello. No sirve ya quejarse de la falta de reconocimiento y desconocimiento de los otros profesionales y de la sociedad. El sistema de servicios sociales es un hecho real desde hace unos años, que nos proporciona una identidad y un marco profesinal que antes no teníamos.